

DIARIO DE CÓRDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACIÓN, NOTICIAS Y AVISOS

NÚM. 5594. Suscripción en Córdoba. Por un mes... 8 rs.
Por trimestre... 22 rs.
Núm. 5594. Fuera de Córdoba. Por un mes... 10 rs.
Por trimestre... 28 rs.

MIERCOLES 6 DE AGOSTO DE 1862.

Los Sres. suscriptores á este periódico tienen derecho á insertar gratis en sus columnas un anuncio o comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XIII.

Sección editorial.

ESPAÑA EN LONDRES.

CARTA SESTA.

Hemos dicho ya que las obras espuestadas en los salones de bellas artes ascienden próximamente á 6.000: ahora diremos que de este número, mas de la mitad pertenecen á Inglaterra, y las restantes, mitad á Francia y Alemania y la otra mitad al resto de Europa, exceptuando un corto contingente que el Brasil y los Estados Unidos han mandado como muestra del arte americano. Tal desproporción se explica perfectamente, no solo por circunstancias de vecindad y facilidades de transporte, como por la mayor ó menor idea que de estos públicos certámenes se tiene concebida en los diferentes países del mundo.

Alemania y Francia, por ejemplo, que comprenden la inmensa importancia que para su renombre y grandeza existe en la manera de presentar muchos y notables productos, han enviado todos cuantos poseían referentes á la industria y fabricación como á las bellas artes. El nuevo reino de Italia, que ha comprendido asimismo un interés análogo, sigue á estas naciones en su abundancia y belleza de exposición. Bélgica, Suiza, Holanda y hasta Rusia se presentan en Londres armadas de cuanto poseen para tenerse poderosamente en la lucha, y solo aquellas naciones que como la nuestra miran con mas interés lo de casa que lo de fuera, cuando lo de fuera es mucho mas interesante que lo de casa, y cuando á lo menos no existe antagonismo en que marchen acordes lo uno y lo otro, solo estas naciones, decimos, son las que ó se han retraído completamente ó han mandado poco, porque no tenían mas, ó no han mandado todo lo que podían, por creer, sin razón, que con algunas muestras tenían de sobra.

Así vemos que pequeñas naciones remiten como Bélgica 159 obras de arte, Holanda 127, Dinamarca 116, Suiza 118 y Roma mismo, la pobre Roma, reducida hoy á sus muros desmembrados, espone 217, mientras que España, mayor que todas ellas, triple que algunas, ricas como pocas, secunda comparativamente como la que más, exhibe solo 47 y de éstas 16 en papel, lo cual reduce los lienzos á 31.

Todos nosotros, los que hace año y medio recorrimos los salones del ministerio de Fomento rodeados de 500 obras notables, de otras tantas medianas y 200 mas como las que ve-

mos tapizando las cornisas de las galerías de Kensington; para nosotros, que conocemos los cuadros que de 10 años á esta parte han adquirido la corona, los príncipes y el gobierno español; para nosotros, que casi podríamos señalar uno por uno los lienzos bellos que nuestros particulares han comprado á pintores del país, dignos de figurar en la exposición de Londres, es grandemente triste que la escasez del número nos haya reducido á una condición estadística insignificante, cuya trascendencia es mayor de lo que á primera vista parece. El número, en efecto, dà ideas materiales de grandeza que no las dà la calidad; forma campo estenso y propio donde se destaque las obras privilegiadas, como se destacan las flores en un campo de verdura; limita y señala radicalmente los productos de un país entre confusa aglomeración de muchos, y sobre todo, lo largo es mas que lo corto, lo grande es mas que lo pequeño. — El extranjero que visitase una casa de Madrid, y encontrara en ella cuatro docenas de mujeres bonitas, se iría diciendo á su país que hay casas en España donde ninguna mujer es fea; pero si esas mismas cuatro mujeres las vé paseando por el Prado, confundidas con la muchedumbre, se va diciendo que en España todas las mugeres son hermosas.

La cuestión de número ha perjudicado mucho á las obras artísticas de nuestro país, porque no siendo suficientes para formar sala ni sección propia, han tenido que pedir alojamiento prestado á otras naciones y otras escuelas, lo cual, entre mayores males, ha producido el no pequeño de que un cronista entendido del gobierno ruso escriba al *Diario de Petersburgo* que la España no ha mandado bellas artes á la exposición de Londres. Lo que le ha sucedido á ese cronista puede sucederle á muchos, porque las 47 obras españolas están colocadas en cuatro lugares diferentes: obra artística hay revuelta entre los cacharras de la industria; otras hay en un rincón de la sala de Roma y otras en un rincón de la sala de Rusia, y otras debe haber en alguna otra parte que nosotros no hemos encontrado todavía. No es de extrañar así que los indiferentes al ser atraídos por la multitud ante el cuadro de *Los Comuneros*, que está colocado en la galería de Roma crean que aquello que tanto les admira sea obra de un romano, como los *Carvajales*, como el *Alcibiades*, como el *Adios para siempre*, como otros que se encuentran en semejante caso: no es de extrañar que el mismo ruso, á cuyos ojos no han llegado los cuadros españoles, crea

que tomen la posta y que vayan á Bruselas; creo que será lo mas prudente.

— Que vaya á Bruselas! exclamó el pagano; pues qué me reserva el Destino, el mas poderoso de los dioses?

Y se dejó caer en el blando tapiz de un biclinium.

M. Belliol colocabá el chal en los hombros de su mujer, y buscaba con la vista su sombrero colgado en la esquina de una columna rostral, en uno de los ángulos del salón.

Esta vez no era el oficial el que turbaba la fiesta.

CAPITULO XIII.

EL TERCER ESTADO.

En otro tiempo, cuando los ilustres novelistas, nuestros abuelos, introducían nuevos personajes en medio de una escena tempestuosa, no dejaban de esclarmer con un fulminante punto de interrogación después de la frase: *Quiénes son estos hombres misteriosos cuya...? etc.*

que la *Santa Cecilia*, colocada entre las obras religiosas de su país (y por cierto mejor que muchas de ellas), es obra de un compatriota suyo, como los *Reyes Católicos*, á quien sucede esto, sean obra de un polaco y así de los demás.

Hemos cometido, pues, una torpeza insigne en no mandar 200 cuadros que desahogadamente pudieramos haber escogido entre los pintados de 10 años á esta parte (que son los que se admitian), y accusa algo de descomodamiento en la verdadera situación de las bellas artes en Europa esa metropolitana con que hemos andado en elegir obras, no con completo acuerdo ciertamente, como si las otras naciones estuvieran tan distantes de nosotros en el arte como lo están en la industria y la fabricación. — Es necesario decirlo claramente, y nadie más a propósito que nosotros, que no tememos perder nuestra reputación artística: así como el tiempo aumenta las figuras, la distancia agranda las reputaciones; y celebridad artística hay en Europa que nosotros admiramos candidamente desde nuestros casinos y nuestros cafés, cuyas obras tienen inapreciables bellezas, pero también algunas vulgaridades y no pocas tonterías. Raro es el artista contemporáneo, al menos de los que están representados en la exposición de Londres (y hay muchos célebres cuyas obras no se prestan á una crítica dura y á veces sangrienta, como las de cualquiera otro mortal). Raro es el cuadro, por consiguiente, que nosotros arrancaremos de aquellas paredes para colocarlo en uno de nuestros museos. — A qué pues, nuestra metilicitud? — Era que desconocíamos lo que pasa en Europa?

Inglaterra, que es el país favorecido esta vez, porque está en su casa, ha puesto 3.000 obras: de ellas 2.200 son de papel, y solo las 800 de lienzo. — ¿Qué han pintado, se dirá, en tan considerable número de papeles?

Sabido es que los ingleses son acuarelistas de primer orden, dibujantes, grabadores, todo lo que se hace con las manos, todo lo que se consigue con el estudio, todo lo que se obtiene con la perseverancia. — Constan á la misma altura en lo que se debe á la inspiración y al genio? — Ellos creerán que si nosotros lo dudamos, la opinión general lo niega.

La primera galería de la escuela inglesa parece un almacén de quincalla; nada hay feo, nada hay malo, nada hay que no sea muy agradable y en ocasiones artístico; pero ¿y la inspiración? — Y el genio? — La casita de campo, el jardín, las ovejas, el molino, la pena, la ermita, la zagaña, todo lo que se hace con las manos,

todo lo que se hace con la academia: La segunda galería (y adviértase que no guardamos rigorismo local, sino divisiones arbitrarias para ser comprendidos), la galería del paisaje es una fotografía de los hermosos campos de Inglaterra, y la prueba de su exactitud material es que es admirable en cuanto la naturaleza de las islas posee de bueno, y es vulgar ó peregrina en cuanto al Reino Unido tuvo por conveniente negarle Dios. — Qué cielos, Virgen Santa, qué nubes, qué atmósferas tan desplorables! País hay de gran mérito sin duda, a quien no sería herético, partirla por la mitad, y arrojar la de arriba á la chimenea. Ellos no tienen cielo, copian lo que ven, y no sienten un mejor ni aun cuando lo miran representado en la pintura antigua y en la moderna de otras naciones. Achaque es de todos los pueblos pintar su cielo; pero el cielo que no se mueve, el cielo que no tiene colores, el cielo que es de plomo, á nadie se le ha ocurrido pintarlo más que á los ingleses, y lo peor de todo es cuando lo poétizan inventan á la manera que se le antoja á su fantasía, ¡qué azules, que encarnados, qué menestras!

Ante esos cuadros concibe uno lo que se cuenta de un embajador español, que al despedir para España á uno de sus agregados, le dijo: «dad mis memorias al sol, y disculpadme con él por el mucho tiempo que no le he visto.» — lo que se refiere del persa que recién llegó á Londres escribía á su país: — «He notado que los ingleses no gastan sol;» hasta el correo inmediato en que se apresuró á rectificar: — «Si lo gastan, pero es otro del nuestro.»

Viene después la galería de género, y en ella se advierte la misma exactitud, la misma copia de la naturaleza inglesa. Los campesinos, las muchachas, y sobre todo los niños, están pintados de una manera prodigiosa. Nadie ignora la belleza del rostro británico, y cuando esa belleza no ha de ir acompañada de la esbeltez de la forma y de la finura de los extremos, como sucede con los campesinos y mujeres del pueblo, el artista inglés no encuentra tropiezos en su imaginación, y casi podemos decir que es intachable. En cuanto á los niños, toda ponderación es poca, porque Inglaterra es el país de los niños, ó por mejor decir, el país de los ángeles. Esos muchachos que nos venden en nuestras tiendas de juguetes y que creemos pintados á cariño porque no concebimos la existencia de criaturas tan preciosas, son pálido remedio de los muchachos que llevan por los paseos ó que jue-

gan en los esquinas (1). Murillo adoró los muchachos ingleses en sus glorias; y no hay pintor en este país que no se acerque algo cuando pintiños, al coloso sevillano. — Por lo demás, los cuadros de género de Inglaterra no respiran todavía el aire melodramático y sentimentalista que tan de moda se ha hecho en Francia: los ingleses cultivan el género, mas con la naturaleza tranquila, que con la sociedad agitada; por lo que á nuestro ver conservan en ellos con mayor pureza la tradición legítima de las bellas artes.

(Se concluirá.)

(1) Plazas que se encuentran a cada paso en Londres y principales ciudades de Inglaterra, por estilo de la de Oriente de Madrid. Los jardines cercados de estas plazas son de aproveychamiento exclusivo de los vecinos del barrio, los cuales mandan á jugar sus hijos con seguridad y sin perderlos de vista desde las ventanas.

Sección oficial.

La Gaceta del 5 no contiene disposición alguna de interés general.

Sección de noticias.

NACIONALES.

En la tarde del miércoles 29 ocurrieron varias desgracias en el pueblo de la Vall de Uxó. Según aseguran, apenas se observaba en la atmósfera algunas pequeñas nubes, cuando de repente se oyó un estrépito trueno, acompañado de una explosión que introduciéndose en una casa, dejó sin vida á dos mujeres y un muchacho, los tres hermanos, y á dos caballerías que había en la cuadra. También se dice que resultaron heridas, aunque levemente, varias personas que transitaban por la población.

A *El Pueblo* escriben con fecha 28 de julio desde Ceuta, que los moros robaron aquél dia nueve caballerías á dos infelices que estaban trabajando por cuenta del gobierno, saliendo á ellos á cosa de las tres de la tarde, cerca de la Torre de Belachera, á la que iban arena. Con este motivo salieron algunas fuerzas del reducto de Isabel II. Los moros fueron alcanzados, y después de una corta resistencia abandonaron siete de las caballerías que llevaban robadas.

Las noticias de Santo Domingo recibidas por la vía de Southampton alcanzan al 26 de junio. La goleta de hélice *Isabel Francisca*, que había salido el 15 para Azuza conduciendo algunas compañías del batallón Vitória, regresó el martes 17 tr. yend

(309)

que toméis la posta y que vayáis á Bruselas; creo que será lo mas prudente.

— Que vaya á Bruselas! exclamó el pagano; pues qué me reserva el Destino, el mas poderoso de los dioses?

Y se dejó caer en el blando tapiz de un biclinium.

M. Belliol colocabá el chal en los hombros de su mujer, y buscaba con la vista su sombrero colgado en la esquina de una columna rostral, en uno de los ángulos del salón.

Esta vez no era el oficial el que turbaba la fiesta.

CAPITULO XIII.

EL TERCER ESTADO.

En otro tiempo, cuando los ilustres novelistas, nuestros abuelos, introducían nuevos personajes en medio de una escena tempestuosa, no dejaban de esclarmer con un fulminante punto de interrogación después de la frase: *Quiénes son estos hombres misteriosos cuya...? etc.*

(310)

El escritor dirijía esta pregunta á su lector; y, después de halergar marañado con una página de enigmas, se decidía á decir quienes eran aquellos hombres misteriosos. Tales eran las costumbres en la edad de oro de la novela bajo el reinado de Cucray-Dumenil; el cual ganaba treinta mil francos anuales apurando los puntos de interrogación fundidos por la dinastía de los Didos.

M. Bonchatain se batía refugiado bajo el dios Lar y se abrazaba al pedestal de su altar.

Al dispersarse la reunión quedaron en desorden en sus sillas las estatuas petrificadas de Arturo y Félix. Los dos primeros extranjeros se precipitaron sobre los jóvenes y estrechándolos paternalmente, exclamaron:

— ¡Cualquier que sea su crimen no los airarácarán de aquí.

— Padre mío, me perdéis! dijo Arturo con voz sorda.

— ¡Dios mío! qué venís á hacer aquí, padre mío! dijo Félix al otro extranjero.

El s. alon estaba deserto. M. Bonchatain

(313)

cíarse á ella y permaneció petrificado entre dos estatuas de dioses.

Arturo y Félix esplicaron apresuradamente á sus padres cuanto había sucedido, con tal acento de candor y veracidad que no dejaba ninguna duda, sobre todo cuando la desesperación paternal no deseaba otra cosa que no dudar.

— Pero, como habeis descubierto que estábamos en esta casa de campo? preguntó Félix.

— De un modo muy sencillo, dijo M. Davillet. En el muelle Voltaire nos

han dicho que vivíais en el palacio de Cligny, aquí supimos por el portero que al marchar habíais dado orden al cochero que estuviera con su carruaje, antes de media noche en la casa de campo de Bonchatain, en Asuères.

— Es verdad, dijo Arturo.

— Esto no quita que me hayas hecho perder en las elecciones municipales de ayer veinte y dos votos, querido Arturo. No han querido elegir á uno que tenía un hijo conspirador. Tengo que es-

licitémonos por haber venido al mundo en su mejor momento, y en interés de nuestros hijos, trabajaremos para conservar el bien que tenemos y transformarlo en mejor.

Este discurso fué acogido por un solemne silencio, indicio de las profundas emociones, y el gran artista Alberto Segor, que habita en el tercer piso del Atla, entonó el himno de la fraternidad mapa-mundiña. Cien mil voces repitieron este refrán:

Hermanos, cantad! hed aquí los tiempos anunciatos; Dios ha puesto el paraíso en el mundo.

Al llegar Arturo á estas palabras, se oyó un gran ruido en el comedor, donde había pintada una cabeza de perro, con la inscripción antigua: *Cave Canem*. En la angosta faz de Bonchatain se reflejó la indignación que de bia experimentó un pontífice turbado en sus ceremonias por voces profanas.

